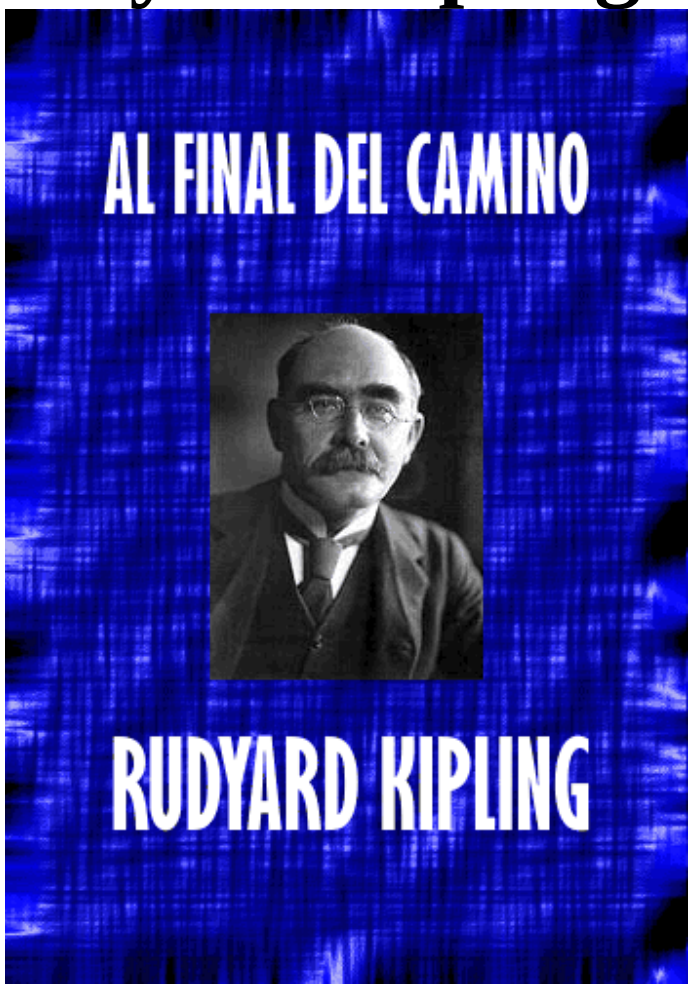
AL FINAL DEL CAMINO

Rudyard Kipling



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Está plomizo el cielo y rojos nuestros rostros
Y abiertas y agrietadas las puertas del Infierno;
Se desatan y braman los vientos infernales
Y se alza el polvo hacia el rostro del Cielo;
Descienden las nubes como una ardiente sábana
Que envuelve y cubre pesadamente el cuerpo;
Y el alma del hombre se aparta de su carne,
Se aparta de sus insignificantes ambiciones
Y siente el cuerpo enfermo y lleno de congoja
Y se eleva su alma como polvo en el camino,
Se desprende de su carne y la abandona
Mientras resuenan estridentes las trompetas del cólera.

Canción del Himalaya

Cuatro hombres, cada cual con derecho a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», estaban sentados a una mesa jugando al whist. El termómetro marcaba casi 39°. La habitación se hallaba casi en sombras, hasta el extremo de que sólo se podían distinguir los puntos de las cartas y las pálidas caras de los jugadores. Un pobre *punkah,* de calicó blanqueado y hecho jirones, movía el aire caliente y gemía de modo lúgubre a cada pasada. Fuera, el día era tan melancólico como un día de noviembre en Londres. No había cielo, sol ni horizonte... nada más que una calina de color pardo y púrpura. Era como si la tierra se estuviera muriendo de apoplejía.

De vez en cuando, nubes de polvo leonado se alzaban de la tierra sin viento ni aviso, volaban como manteles entre las copas de los árboles secos, y descendían de nuevo. O un torbellino de polvo recorría a toda velocidad la llanura durante un par de millas para luego deshacerse y caer, aunque no había nada que pudiera detenerlo salvo una larga y baja hilera de traviesas apiladas, blancas de polvo, un grupo de cabañas hechas de barro, vías de ferrocarril abandonadas y lona; y el *bungalow* de cuatro habitaciones, desproporcionadamente bajo, que pertenecía al ingeniero ayudante encargado de una sección de la línea de ferrocarril del Estado de Gaudhari, por aquel entonces en construcción.

Los cuatro, vestidos con la ropa más ligera posible, jugaban al whist de mal humor, riñendo sobre ventajas y ganancias. No era el mejor whist del mundo, pero se habían tomado bastante trabajo para poder jugar. Mottram, el agrimensor, había cabalgado treinta millas y viajado en tren otras cien desde su solitario puesto en el desierto durante la noche anterior; Lowndes, del servicio civil, destinado en misión especial al departamento político, había hecho un camino igual de largo para escapar por un momento de las miserables intrigas de un empobrecido Estado indígena, cuyo rey adulaba y fanfarroneaba alternativamente para conseguir más dinero de las lastimosas contribuciones impuestas a campesinos explotados y desesperados criadores de camellos; Spurstow, el médico de la compañía de ferrocarriles, había abandonado un campamento de *coolies* atacado por el culera para velar por sí mismo durante cuarenta y ocho horas, reuniéndose con hombres blancos una vez más. Hummil, el ingeniero ayudante, era el anfitrión. Tenía un domicilio

fijo y en consecuencia recibía a sus amigos todos los domingos, si es que podían ir. Cuando uno de ellos no aparecía enviaba un telegrama a su última dirección, para saber si el ausente estaba vivo o muerto. Hay muchísimos sitios en el este donde no es bueno ni amable dejar que nuestros conocidos desaparezcan de nuestra vista, incluso durante una breve semana.

Los jugadores no eran conscientes de sentir el menor aprecio entre sí. Se peleaban cada vez que se veían; pero deseaban verse tan ardientemente como los sedientos quieren beber. Eran hombres solitarios que comprendían el terrible significado de la palabra soledad. Todos tenían menos de treinta años, y a esa edad es demasiado pronto para que cualquier hombre posea un conocimiento semejante.

-¿Una Pilsener? -dijo Spurstow tras el segundo juego, secándose la frente.

-Lamento decir que se ha terminado la cerveza, y apenas queda suficiente soda para esta noche -contestó Hummil.

-¡Vaya una sucia hospitalidad! -gruñó Spurstow.

-No he podido evitarlo. He enviado cartas y telegramas, pero los trenes todavía no pasan con regularidad. La semana pasada me quedé sin hielo, como bien sabe Lowndes.

-Menos mal que no vine. Aunque te podía haber mandado un poco si lo hubiera sabido. ¡Fiuuuú! Hace demasiado calor para seguir jugando al perrito ladrador -esto lo dijo mirando con un ceño terrible a Lowndes, que no hizo más que reírse. Era un reincidente empedernido.

Mottram se levantó de la mesa y miró fuera a través de un resquicio de las persianas.

-¡Qué hermoso día!

Los cuatro hombres bostezaron al unísono y emprendieron, sin propósito fijo, una investigación de las posesiones de Hummil: rifles, novelas destrozadas, guarniciones, espuelas y cosas por el estilo. Ya las habían manoseado una veintena de veces, pero no había realmente otra cosa que hacer.

-¿Tienes algo reciente? -preguntó Lowndes.

-La *Gazette of India* de la semana pasada, y un recorte de un diario inglés. Lo envió mi padre. Es bastante divertido.

-Otra vez uno de esos sacristanes que firman M.S., ¿no? -dijo Spurstow, que leía los periódicos cuando podía conseguirlos.

-Sí. Escucha esto. Va por ti, Lowndes. El fulano estaba dirigiendo un discurso a sus electores, y empezó a exagerar. Aquí hay una muestra: «Y afirmo sin la menor duda que el Servicio Civil de la India es la reserva -la reserva favorita- de la aristocracia inglesa. ¿Qué ganan la democracia y las masas con ese país, que nos hemos anexionado paso a paso y de modo fraudulento? Mi respuesta es: nada de nada. Los vástagos de la aristocracia lo cultivan en interés propio. Cuidan de mantener sus lujosas rentas y de evitar o sofocar cualquier investigación sobre la índole y conducta de su administración, mientras obligan a los desdichados campesinos a pagar con el sudor de su frente esa vida regalada». -Hummil agitó el recorte en el aire.

-¡Bien dicho, bien dicho! -gritaron sus oyentes.

-Daría.... daría tres meses de paga -reflexiono Lowndes- para que ese caballero pasase un mes conmigo y viera cómo hacen las cosas los libres e independientes príncipes nativos. El viejo Cabeza de Serrín -éste era el poco serio título de un respetado y condecorado príncipe feudal- me estuvo pidiendo dinero la semana pasada hasta el agotamiento. ¡Por Júpiter, lo último que hizo fue mandarme a una de sus mujeres como soborno!

-¡Mejor para ti! ¿La aceptaste? -preguntó Mottram.

-No. Pero ahora me gustaría haberlo hecho. Era una preciosa mujercita, y me contó cosas inverosímiles sobre la terrible indigencia de las mujeres del rey. Las pobres no tienen un solo vestido nuevo desde hace casi un mes, y el viejo quiere comprar más enredos en Calcuta, enrejados de plata maciza, lámparas de plata y bagatelas por el estilo. He intentado hacerle comprender que ha derrochado los ingresos de los últimos veinte años y tiene que ir más despacio. Pero no lo ve.

-Podría retirar fondos de las ancestrales cámaras del tesoro. Debe de tener por lo menos tres millones en joyas y monedas debajo del palacio.

-¡Intenta pescar a un nativo tocando el tesoro familiar! Los sacerdotes lo prohíben, salvo como último recurso. El viejo Cabeza de Serrín ha añadido algo así como un cuarto de millón al depósito durante su reinado.

-¿De dónde viene el mal? -preguntó Mottram.

-Del país. El estado de la población es para ponerte enfermo. He sabido que los recaudadores de impuestos esperan junto a las hembras preñadas de los camellos hasta que nace el retoño, y entonces se llevan a la madre en concepto de atrasos. ¿Y qué puedo hacer yo? No consigo que los secretarios de los tribunales me presenten el estado de cuentas; no le saco más que una ancha sonrisa al comandante en jefe cuando me entero de que se les deben tres meses a las tropas; y el viejo Cabeza de Serrín se echa a llorar cuando hablo con él. Se ha aficionado mucho a la bebida del rey: coñac por whisky y Heidsieck en lugar de soda.

-El Rao de Jubela se aficionó a lo mismo. Ni siquiera un nativo puede durar mucho con eso -dijo Spurstow-. Pasará a mejor vida.

-Eso sería una buena cosa. Supongo que entonces tendríamos un consejo de regencia, y un tutor para el joven príncipe, y le entregarían su reino con todo lo acumulado en diez años.

-Y después el joven príncipe, a quien le habrán enseñado todos los vicios ingleses, jugará a hacer saltar piedrecillas planas sobre las aguas de un estanque... usando monedas; y deshará en dieciocho meses el trabajo de diez años. Ya he visto eso antes -dijo Spurstow-. En tu lugar trataría al rey con mano blanda, Lowndes. Ya te odiarán bastante en cualquier circunstancia.

-Todo eso está muy bien. Un observador puede hablar de mano blanda; pero no se puede limpiar una pocilga con una pluma mojada en agua de rosas. Sé a lo que me arriesgo; pero todavía no ha pasado nada. Mi criado es un viejo *pathan*, y cocina para mí. Es muy improbable que le sobornen, y no acepto comida de mis verdaderos amigos, como ellos dan en llamarse. ¡Ah, pero todo esto cansa! Me gustaría estar contigo, Spurstow. Hay buena caza cerca de tu campamento.

-¿Conmigo? No creo. Unas quince muertes al día no incitan a un hombre a dispararle a nada, salvo a sí mismo. Y lo peor es que los pobres diablos te miran como si debieras salvarlos. Sabe Dios que lo he probado todo. La última tentativa fue empírica, pero ayudó a un hombre. Me lo trajeron más allá de toda esperanza, aparentemente, y le di ginebra con salsa de Worcester y cayena. Se curó; pero no lo recomiendo.

-¿Cómo evoluciona generalmente la enfermedad? -preguntó Hummil.

-Muy sencillo. Clorodina, píldora de opio, clorodina, colapso, nitro, ladrillos para los pies, y luego... la pira funeraria. Esto último es lo único que parece acabar con el problema. Es cólera asiático, ¿sabes? ¡Pobres diablos! Pero debo decir que el pequeño Bunsee

Lal, mi boticario, trabaja como un demonio. Le he recomendado para un ascenso, si es que sale vivo de todo esto.

-¿Y tú qué posibilidades tienes? -preguntó Mottram.

-No lo sé; no me preocupa mucho; pero he enviado la carta. ¿Qué sueles hacer tú?

-Me siento en la tienda, debajo de una mesa, y le escupo al sextante para que no se recaliente -dijo el agrimensor-. Me lavo los ojos para evitar la oftalmía, que voy a pillar con toda seguridad, y trato de que un ayudante comprenda que un error de cinco grados en un ángulo no es tan pequeño como parece. Estoy completamente solo, ¿sabes?, y lo seguiré estando hasta que se vaya el calor.

-Hummil es el más afortunado -dijo Lowndes, dejándose caer en un sillón-. Tiene un techo de verdad, tan roto como el abanico del techo, pero un techo al fin y al cabo, sobre la cabeza. Todos los días ve un tren. Puede conseguir cerveza, soda y hielo cuando Dios quiere. Tiene libros, cuadros arrancados del *Graphic* y la compañía del magnífico subcontratista Jevins, además del placer de recibirnos todas las semanas.

Hummil sonrió con severidad.

-Si, supongo que soy afortunado. Pero Jevins lo es aún más.

-¿Cómo? No...

-Sí. Ha pasado a mejor vida. El lunes pasado.

-¿Por su propia mano? -preguntó rapidamente Spurstow, expresando la sospecha que estaba en la mente de todos. No había cólera cerca de la sección de Humrriil. Incluso la fiebre le concede a un hombre una semana de gracia por lo menos, y la muerte súbita, por lo general, implica suicidio.

-No puedo juzgar a nadie con este tiempo -dijo Hummil-. Supongo que cogió una insolación; porque la semana pasada, cuando os fuisteis, se acercó al porche y me dijo que iba a casa a ver a su mujer, en Market Street, Liverpool, esa misma noche.

-Llamé al boticario para que le echara un vistazo, e intentamos que se acostara. Una o dos horas después se frotó los ojos y dijo que creía haber sufrido un ataque... que esperaba no haber dicho nada descortés. Jevins deseaba ardientemente mejorar su posición social. Hablaba de manera muy parecida a Chucks.

-¿Y luego?

-Luego se fue a su propio *bungalow* y empezó a limpiar un rifle. Le dijo al criado que iba a cazar gamos por la mañana. Por supuesto, manoseó con torpeza el gatillo y se disparó en la cabeza... accidentalmente. El boticario le mandó un informe a mi jefe, y Jevins está enterrado por ahí fuera. Te habría puesto un telegrama, Spurstow, si hubieses podido hacer algo.

-Eres un tipo raro -dijo Mottram-. No podrías haber guardado el asunto más en secreto si hubieras matado tú mismo a ese hombre.

-¡Dios Santo! ¿Qué importa? -dijo Hummil con calma-. Además de mi propio trabajo, ahora tengo que hacer su trabajo de supervisión. Soy el único que sale perdiendo. Jevins ya está al margen... de un modo puramente accidental, claro, pero al margen. El boticario iba a escribir un largo y pesadísimo ensayo sobre el suicidio. No es sorprendente que un nativo «civilizado» diga tonterías cuando se le presenta la oportunidad.

-¿Y por qué no lo presentaste como suicidio? -preguntó Lowndes.

-No había evidencias. Ningún hombre tiene muchos privilegios en este país, pero por lo menos debe tener derecho a manejar con torpeza su propio rifle. Además, quizás algún

día necesite a un hombre que arregle un accidente para mí. Vive y deja vivir. Muere y deja morir.

-Tómate una píldora -dijo Spurstow, que había estado observando estrechamente el pálido rostro de Hummil-. Más vale que te cuides y no seas asno. Esa forma de hablar es una estupidez. De todos modos, suicidarse es rehuir el trabajo. Si yo fuera Job diez veces, estaría tan interesado en lo que iba a pasar que me quedaría para saberlo.

-¡Ah! He perdido esa curiosidad -dijo Hummil.

-¿Problemas de hígado? -preguntó Lowndes con simpatía.

-No. Mucho peor. No puedo dormir. -¡Por Júpiter, sí que lo es! -dijo Mottram-. A mí me ocurre de vez en cuando, y el ataque se me tiene que pasar solo. ¿Qué tomas tú?

-Nada. ¿Para qué? No he dormido ni diez minutos desde el viernes por la mañana.

-¡Mi pobre amigo! Spurstow, deberías atenderle -dijo Mottram-. Ahora que lo dices, tienes los ojos bastante hinchados y pegajosos.

Spurstow, sin dejar de observar a Hummil, rió alegremente.

-Luego le pondré un par de remiendos. ¿Creéis que hace demasiado calor para montar a caballo?

-¿Dónde iríamos? -dijo Lowndes con cansancio-. Tenemos que marcharnos a las ocho, y entonces ya habrá tiempo para hartarnos de montar. Odio los caballos cuando tengo que usarlos por necesidad. ¡Oh, cielos!, ¿qué podemos hacer?

Jugar otra vez al whist, a pollito por punto («un pollito» son ocho chelines) y un *mohur* de oro cada tres juegos -dijo prontamente Spurstow.

-Póker. Un mes de paga para la banca -sin límite- y cincuenta rupias cada subida de apuesta. Alguien se quedará sin blanca antes de que nos vayamos -dijo Lowndes.

-No puedo decir que me alegraría de dejar sin blanca a alguno de los que estamos aquí -dijo Mottram-. No resulta muy excitante, y es una tontería. Cruzó la habitación hacia el pequeño, usado y maltrecho piano, recuerdo de un matrimonio que había vivido en el *bungalow*, *y* levantó la tapa.

-Hace mucho que está estropeado -dijo Hummil-. Los criados lo han hecho trizas.

Desde luego, el piano estaba más que estropeado, pero Mottram se las arregló para poner un poco de acuerdo las rebeldes notas, y de las melladas teclas se elevó algo que podría haber sido el fantasma de una popular canción de variedades. Los hombres sentados se volvieron con evidente interés cuando Mottram aporreó el teclado con más vigor.

-¡Eso es muy bueno! -dijo Lowndes-. ¡Por Júpiter! La última vez que oí esa canción fue más o menos en el 79, justo antes de venir.

-¡Ah! -dijo Spurstow con orgullo-. Yo estuve en casa en el 80 y mencionó una canción callejera muy popular en aquella época.

Mottram la interpretó toscamente. Lowndes le corrigió y propuso enmiendas. Mottram atacó precipitadamente otra cancioncilla, esta vez no de variedades, e hizo ademán de levantarse.

-Siéntate -dijo Hummil-. No sabía que llevaras dentro algo de música. Sigue tocando hasta que no se te ocurra nada más. Diré que afinen el piano antes de que vuelvas otra vez. Toca algo festivo.

Las melodías de las que eran capaces el arte de Mottram y las limitaciones del piano eran muy simples, pero los hombres escuchaban con agrado, y en las pausas hablaban de lo que habían visto y oído la última vez que estuvieron en casa. Fuera se levantó un denso

vendaval de polvo que pasó rugiendo sobre la casa, envolviéndola en la sofocante oscuridad de medianoche; pero Mottram no prestó atención y siguió tocando, y las enloquecidas notas llegaban a los oyentes por encima del ruido que hacía el destrozado abanico del techo.

Durante el silencio que siguió a la tormenta cambió las canciones escocesas, más personales y que iba tarareando mientras tocaba, por el Himno Vespertino.

-Domingo -dijo, asintiendo con la cabeza.

-Sigue. No te disculpes -dijo Spurstow.

Hummil lanzó una larga y estruendosa carcajada.

-Tócalo, por supuesto. Hoy estás lleno de sorpresas. No sabía que tenías semejante talento para el sarcasmo. ¿Cómo era la música?

Mottram reanudó la melodía.

-Demasiado lento. Olvidas el matiz de gratitud -dijo Hummil-. Debería. sonar corno la *Polka del Saltamontes*... así -y cantó, *prestissimo-:*

Gloria a ti, Dios mío, esta noche
Por todas las bendiciones de la luz

»Eso demuestra que sentimos realmente la bendición. ¿Cómo sigue?...
Si yazgo despierto en la noche
Llena mi alma de sagrados pensamientos;
Que los malos sueños no turben mi descanso...

»¡Más deprisa, Mottram!...

Ni me molesten los poderes de las sombras!

-¡Bah! ¡Vaya un viejo hipócrita que estás hecho!

-No seas idiota -dijo Lowndes-. Tienes toda la libertad del mundo para reírte de cualquier otra cosa, pero deja en paz ese himno. Para mí está unido a los recuerdos más sagrados...

-Noches de verano en el campo, ventanas de vidriera, luces que se apagan, y tu cabeza y la de ella juntas sobre el libro de himnos -dijo Mottram.

-Sí, y un viejo y enorme abejorro golpeándote en un ojo cuando vuelves a casa. Olor a heno, y una luna tan grande como una sombrerera colocada sobre un montón de paja; murciélagos, rosas, leche y mosquitos -dijo Lowndes.

Y madres. Recuerdo cómo me cantaba mi madre para que me durmiera cuando era un chiquillo -dijo Spurstow.

La oscuridad había invadido la habitación. Podían oír a Hummil revolverse en su sillón.

-¡Así que -dijo con enojo- cantáis ese himno cuando estáis a siete brazas de profundidad en el Infierno! Fingir que somos algo más que rebeldes atormentados es un insulto a la inteligencia de la Deidad.

-Tómate *dos* píldoras -dijo Spurstow-; lo tuyo es un hígado atormentado.

-Nuestro Hummil, generalmente plácido, está de un humor de perros. Lo siento por sus *coolies* mañana -dijo Lowndes, mientras los criados traían las lámparas y preparaban la mesa para la cena.

Cuando estuvieron sentados en torno a las miserable chuletas de cabra y el pudding de tapioca ahumada, Spurstow tuvo ocasión de decirle a Mottram en un susurro:

-¡Bien hecho, David!

-Entonces más vale que cuides a Saul -fue la respuesta.

-¿Qué andáis murmurando vosotros dos? -dijo Hummil, con una voz llena de sospechas.

-Sólo decíamos que eres un anfitrión condenadamente pobre. No hay quien corte este pollo -replicó Spurstow con una dulce sonrisa-. ¿A esto le llamas cena?

-No puedo remediarlo. No esperarías un banquete, ¿verdad?

Durante aquella comida, Hummil se las ingenió laboriosamente para insultar de manera directa e intencionada a todos sus huéspedes, y a cada insulto, Spurstow le daba una patada al ofendido por debajo de la mesa; pero no se atrevió a dirigirle a ninguno una mirada de inteligencia. La cara de Hummil estaba blanca y demacrada, y tenía los ojos anormalmente abiertos. A nadie se le ocurrió ni por un momento tomarse a mal sus violentos personalismos, pero tan pronto como acabó la cena, todos se apresuraron a levantarse.

-No os vayáis. La diversión acaba de empezar, compañeros. Espero no haber dicho nada que os molestase. ¡Sois unos tipejos tan quisquillosos! -Después, cambiando el tono por otro de súplica casi abyecta, Hummil añadió-: No os iréis, ¿verdad?

-Como dice el bendito Jorrocks, donde ceno, duermo -dijo Spurstow-. Quiero echarles un vistazo a tus *coolies* mañana, si no te importa. Supongo que puedes ofrecerme un sitio para dormir, ¿no?

Los demás alegaron la urgencia de sus deberes del día siguiente, ensillaron los caballos y se marcharon juntos, mientras Hummil les rogaba que volviesen el próximo domingo. Mientras cabalgaban a un trote corto, Lowndes se desahogó con Mottram.

-...Y nunca, en toda mi vida, tuve tantas ganas de pegarle a un hombre a su propia mesa. ¡Dijo que había hecho trampas en el whist, y me recordó que tenía una deuda! ¡Y a ti te dijo a la cara que no valías más que un embustero! No entiendo cómo no estás mucho más indignado.

-No, no lo estoy -dijo Mottram-. ¡Pobre diablo! ¿Es que el viejo Hummil se ha comportado así alguna vez, o ha estado a menos de un centenar de millas de hacerlo?

-Eso no es una excusa. Spurstow no dejaba de darme patadas en la espinilla, y por eso me controlé. Si no, habría...

-No, nada de eso. Habrías hecho lo mismo que Hummil con Jevins; no juzgar a un hombre con este tiempo. ¡Por Júpiter! ¡La hebilla de la brida está caliente! Venga, al trote, y ten cuidado con los agujeros de las ratas.

Diez minutos al trote hicieron que Lowndes, cuando tiró de las riendas sudando por cada poro, dijera algo muy sensato:

-Menos mal que Spurstow está con él esta noche.

-Sí. Un buen hombre, Spurstow. Nuestros caminos se separan aquí. Te veré otra vez el próximo domingo, si el sol no acaba conmigo.

-Supongo que sí, a menos que los ministros de finanzas del viejo Cabeza de Serrín consigan aderezarme la comida. Buenas noches, y... ¡que Dios te bendiga!

-¿Qué te pasa ahora?

-Oh, nada. -Lowndes alzó la fusta y dió un golpecito en el flanco de la yegua de Mottram, añadiendo-: No eres un mal tipo... eso es todo. -Y la yegua salió literalmente disparada media milla a través de la arena.

En el *bungalow* del ingeniero ayudante, Spurstow y Hummil fumaban juntos la pipa del silencio, vigilándose estrechamente el uno al otro. La capacidad de una casa de soltero es tan elástica como sencillos son sus muebles. Un criado quitó la mesa, trajo un par de toscos armazones nativos hechos de cinta atada a un ligero marca de madera, extendió un pedazo de fresca estera de Calcuta sobre cada cual, los puso uno junto a otro, colgó dos toallas del *punkah* con unos alfileres para que pasaran sobre la nariz y la boca de los durmientes, y anunció que las camas estaban preparadas.

Los hombres se acostaron tras ordenar a los *coolies* encargados del *punkah* que tiraran por todos los demonios del Infierno. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, porque el aire de fuera era propio de un horno. En el interior la temperatura sólo era de 39°, como atestiguaba el termómetro, y la atmósfera es-. taba cargada a causa del olor de las lámparas de queroseno, mal despabiladas; y este hedor, sumado al de tabaco nativo, ladrillos cocidos y tierra seca, hace que a muchos hombres fuertes se les caiga el alma a los pies, porque es el olor del Gran Imperio Indio cuando se convierte, durante seis meses, en una cámara de tortura. Spurstow apiló las almohadas con destreza para estar más reclinado que tumbado, con la cabeza a una prudente altura con respecto a los pies. No es bueno dormir con la cabeza baja cuando hace calor si uno tiene el cuello grueso, porque puede pasar de los alegres silbidos y ronquidos del sueño natural al profundo sueño de la apoplejia.

-Amontona las almohadas -dijo el doctor con sequedad cuando vio que Hummil se disponía a dormir en posición perfectamente horizontal.

Apagaron la última lámpara; la sombra del *punkah* se balanceaba a lo largo de la habitación, seguido por el leve roce de las toallas y el suave gemido de la cuerda en el agujero de la pared. Luego el balanceo languidéció y casi se detuvo. El sudor empezó a correr por la frente de Spurstow. ¿Debía salir y arengar al *coolie?* Pero el *punkah* volvió a moverse con una violenta sacudida, y uno de los alfileres de las toallas cayó al suelo. Cuando lo pusieron otra vez en su sitio empezó a sonar un tam tam entre los *coolies,* con el latido regular de una arteria hinchada dentro de un cráneo aquejado de fiebre cerebral. Spurstow se volvió de lado y juró en voz baja. No había movimiento en la cama de Hummil. El hombre estaba rígido como un cadáver, con los brazos pegados a los costados. Su respiración era demasiado rápida como para suponerlo dormido. Spurstow miró el inexpresivo rostro. Tenía las mandíbulas apretadas, y había una arruga en torno a los temblorosos párpados.

«Está tan tenso como puede -pensó Spurstow-. ¿Qué demonios le ocurre? ...» -¡Hummil!

-Sí- fue la apagada y fría respuesta.

-¿Es que no puedes dormir?

-No.

-¿Cabeza caliente? ¿Garganta hinchada? ¿O qué?

-Nada de eso, gracias. No duermo mucho, ¿sabes?

-¿Te sientes muy mal?

-Muy mal, gracias. Suena un tam tam ahí fuera, ¿no? Al principio creí que era mi cabeza... ¡Oh, Spurstow, ten compasión y dame algo que me haga dormir, dormir profundamente, aunque sólo sean seis horas! Se levanto de un salto, temblando de pies a cabeza. ¡Hace días que no soy capaz de dormir, y no puedo soportarlo!

-¡Pobre amigo mío!

-Eso no sirve de nada. Dame algo para dormir. Te digo que estoy casi loco. La mitad del tiempo no sé ni lo que me digo. Hace tres semanas que tengo que pensar y deletrear cada palabra que me viene a la cabeza antes de atreverme a decirla. ¿No es eso suficiente para volver loco a un hombre? Ya no veo bien las cosas, y he perdido el sentido del tacto. Me duele la piel... ¡me duele la piel! Hazme dormir. Oh, Spurstow, por el amor de Dios, hazme dormir profundamente. No me basta con poder soñar. ¡Quiero dormir!

-De acuerdo, hombre, de acuerdo. Despacio; no estás ni la mitad de mal de lo que crees.

Una vez rotas las compuertas de la reserva, Hummil se aferraba a el como un niño aterrorizado.

-Me estás destrozando el brazo -dijo Spurstow.

-Te romperé el cuello si no haces algo por mí. No, no quiero decir eso. No te enfades, compañero-. Se secó el sudor de la cara mientras luchaba por recuperar la compostura. Estoy un poco inquieto y no tengo apetito, y quizás podrías recomendarme alguna clase de sedante... bromuro de potasio.

-¡Bromuro de cuernos! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Suéltame el brazo y veré si tengo algo en la pitillera que te vaya bien.

Spurstow rebuscó entre su ropa, encendió la lámpara. Abrió una pequeña pitillera de plata y se acercó al expectante Hummil con la más delicada y mágica de las jeringuillas.

-El último encanto de la civilización -dijo-, y algo que odio usar. Extiende el brazo. Bueno, el insomnio no te ha arruinado los músculos; ¡y qué gruesa es la piel! Es como ponerle una inyección subcutánea a un búfalo. La morfina empezará a hacer efecto en pocos minutos. Acuéstate y espera.

Una sonrisa idiota de puro placer empezó a invadir lentamente la cara de Hummil.

-Creo... -murmuró- Creo que ahora sí. ¡Oh, Dios, es celestial! Spurstow, tienes que darme esa pitillera; tú... -La voz se detuvo y la cabeza cayó hacia atrás.

-No vas a necesitaría en un buen rato -le dijo Spurstow a la inconsciente figura-. Y ahora, amigo mío, como esta clase de insomnio es muy capaz de relajar la fibra moral en insignificantes asuntos de vida o muerte, me voy a tomar la libertad de inutilizar tus armas.

Se dirigió descalzo a la habitación donde Hummil guardaba las guarniciones y desenfundó un rifle de calibre doce, otro de repetición y un revólver. Desenroscó los manguitos de unión del primero y los escondió en el fondo de una caja de guarniciones; quitó la palanca del segundo, y de una patada la envió debajo de un armario. Abrió simplemente el tercero, y golpeó el pestillo de la empuñadura con el tacón de una bota de montar.

-Ya está hecho -dijo, sacudiendo las manos empapadas de sudor-. Estas pequeñas precauciones te darán, por lo menos, tiempo para pensártelo. Sientes demasiada simpatía por los accidentes con armas.

Y cuando se estaba enderezando, la apagada voz de Hummil gritó desde la puerta:

-¡Imbécil!

Hablaba en el mismo tono que los que hablan con sus amigos en los intervalos lúcidos del delirio, poco antes de morir.

Spurstow se sobresaltó, dejando caer la pistola. Hummil estaba de pie en el umbral de la puerta, balanceándose a causa de una risa incontrolable.

-Ha sido magnífico de tu parte, estoy seguro -dijo muy despacio, eligiendo las palabras-. Pero no tengo intención de pasar a mejor vida por ahora. Spurstow, esa inyección no dará resultado. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer? Y sus ojos se llenaron de panico.

-Acuéstate y dale una oportunidad. Acuéstate ahora mismo.

-No me atrevo. Sólo me volverá a llevar a medio camino, y esta vez no podré escapar. ¿Sabes que eso es todo lo que he podido hacer para venir aquí? Generalmente soy rápido como el rayo; pero tú has hecho que me atasque. Casi me atrapa.

-Sí, lo comprendo. Ve a acostarte.

-No, no estoy delirando; pero me has jugado una terrible pasada. ¿Sabes que podía haber muerto?

Igual que una esponja borra una pizarra, algún poder desconocido para Spurstow había borrado de la cara de Hummil todo lo que hacía de ella la cara de un hombre. Seguía de pie en el umbral, y su rostro reflejaba únicamente su perdida inocencia. Había regresado secretamente a los terrores de la infancia.

«¿Se morirá aquí mismo?» pensó Spurstow. Y luego, en voz alta: -De acuerdo, hijo mío. Vuelve a la cama, y cuéntamelo todo. No podías dormir; ¿pero qué significa el resto del galimatías?

-Un lugar... un lugar allí abajo -dijo Hummil, sencilla y sinceramente. La droga le hacía efecto en oleadas, arrojándole del miedo de un hombre fuerte al espanto de un niño, como si ora los nervios le hiciesen volver en sí, ora sus fuerzas se embotaran.

-¡Dios mío! Le tengo miedo desde hace meses, Spurstow. Ha hecho que cada noche sea para mí un infierno; y sin embargo no soy consciente de haber hecho algo malo.

-Quédate quieto, y te daré otra dosis. ¡Acabaremos con tus pesadillas, pedazo de idiota!

-Sí, pero tienes que darme tanto que no pueda escapar. Tienes que hacerme dormir de verdad... no darme un poquito de sueño. ¡Así es tan difícil correr!

-Lo sé, lo sé. A mí también me ha pasado. Los síntomas son tal y como los describes.

-¡Oh, no te rías de mí, maldito seas! Antes de que empezara este horrible insomnio intenté descansar apoyado en un codo, y puse una espuela en la cama para que se me hincara cuando me dejase caer. ¡Mira!

-¡Por Júpiter! ¡Lo han espoleado como a un caballo! ¡La yegua de la noche ha montado de verdad a sus espaldas! ¡Y todos le creíamos tan sensato! ¡Que el , Cielo nos dé entendimiento! Quieres hablar, ¿no?

-Sí, a veces. No cuando estoy asustado. *Entonces* quiero correr. ¿Tú no?

-Siempre. Antes de que te dé la segunda dosis, intenta contarme lo que te pasa.

Hummil habló en roncos susurros durante casi diez minutos, mientras Spurstow le observaba las pupilas y le pasaba la mano una o dos veces por delante de los ojos.

Cuando Hummil terminó, Spurstow sacó la pitillera de plata, y las últimas palabras que Hummil pronunció mientras se dejaba caer hacia atrás por segunda vez fueron:

-Hazme dormir de verdad; porque si me atrapa moriré... ¡moriré!

-Sí, sí; todos lo hacemos tarde o temprano... gracias al Cielo, que ha puesto un límite a nuestras miserias -dijo Spurstow, colocando las almohadas bajo la cabeza de Hummil-. Creo que si no bebo algo pasaré a mejor vida antes de tiempo. He dejado de sudar y... no soy un hombre delgado.

Preparó te hirviendo, que es un remedio excelente contra la apoplejía si uno se toma tres o cuatro tazas seguidas. Luego contempló al durmiente.

-¡Un rostro ciego que llora y no puede enjugarse las lágrimas, un rostro ciego que le persigue por los pasillos! ¡Vaya! Decididamente, Hummil debería marcharse lo más pronto posible; y, cuerdo o no, lo cierto es que se ha herido con la mayor crueldad. Bueno, ¡que el Cielo nos de entendimiento!

Hummil se despertó a mediodía con un horrible sabor de boca, pero con la mirada despejada y el corazón alegre.

-Anoche estaba muy mal, ¿verdad? -dijo.

-He visto hombres en mejores condiciones. Debías de sufrir una leve insolación. Mira, si te escribo un certificado médico abrumador, ¿pedirás inmediatamente un permiso?

-No.

-¿Por qué no? Lo estás deseando.

-Sí, pero puedo aguantar hasta que no haga tanto calor.

-¿Por qué, si pueden relevarte en el acto?

-Burkett es el único a quien podrían mandar, y es un imbécil de nacimiento.

-Oh, no te preocupes por el ferrocarril. No eres tan importante para él. Pon un telegrama para que te releven, si es necesario.

Hummil parecía muy incómodo.

-Puedo aguantar hasta que lleguen las lluvias -dijo, evasivo.

-No puedes. Telegrafía a la central y di que manden a Burkett.

-No. Y si quieres saber por qué, te lo explicaré: Burkett está casado, y su mujer acaba de tener un hijo, y ella está en Simla, donde no hace calor, y Burkett tiene un trabajo comodísimo que le permite estar en Simla de sábado a lunes. Su mujer no está nada bien. Si trasladaran a Burkett, ella intentaría irse con él. Si tuviera que dejar al niño se moriría de preocupación. Y si viniera, y Burkett es uno de esos animalitos egoístas que siempre están diciendo que el sitio de una mujer está junto a su marido, si viniera, moriría. Traer a una mujer aquí en este momento es un asesinato. Y Burkett no tiene ni la resistencia de una rata. Si él viniera pasaría a mejor vida; y se que ella no tiene dinero, y estoy completamente seguro de que pasaría a mejor vida también. Yo tengo algún dinero, y no estoy casado. Espera hasta las lluvias, y entonces Burkett puede adelgazar aquí. Le vendrá estupendamente.

-¿Quieres decir que pretendes enfrentarte... a lo que te has enfrentado, hasta que lleguen las lluvias?

-Oh, no lo pasaré tan mal ahora que me has enseñado una salida. Y siempre puedo enviarte un telegrama. De todas formas, no voy a pedir que me releven. Y eso es todo.

-¡Querido Scott! Creí que ya no se hacían cosas asi.

-¡Tonterías! Tú habrías hecho lo mismo. Me siento como un hombre nuevo, gracias a esa pitillera. Ahora te vas al campamento, ¿no?

-Sí, pero intentaré venir a verte de vez en cuando.

-No estoy tan mal como para eso. No quiero que te molestes. Dales ginebra y ketchup a los *coolies.*

-¿Entonces te encuentras bien?

-Tan bien como para luchar por mi vida, pero no como para seguir hablando contigo al sol. ¡Vete, viejo amigo, y bendito seas!

Hummil se dio la vuelta para enfrentarse a la desolación, plagada de ecos, de su *bungalow*, y lo primero que vio, de pie en el porche, fue su propia imagen. Ya una vez, agotado por el trabajo excesivo y la tensión propia del calor, se había encontrado con la misma aparición.

-Esto ya es mala cosa -dijo, frotándose los ojos-. Si se aleja deslizándose, como un fantasma, sabré que sólo es un problema de la vista y el estómago. Si anda... es que estoy perdiendo la cabeza.

Se acercó a la figura, que naturalmente se mantuvo a una distancia invariable, como es costumbre entre los espectros nacidos del exceso de trabajo. Se deslizó a través de la casa y acabó disolviéndose en manchitas que bailaban dentro de los globos oculares tan pronto como alcanzó la cegadora luz del jardín. A pesar de todo, Hummil se dedicó a su trabajo. Cuando entró en la casa para cenar, se encontró a sí mismo sentado a la mesa. La visión se levantó y salió de la habitación andando apresuradamente. No proyectaba sombra, pero en todos los demás aspectos era real.

No hay hombre sobre la tierra que sepa lo que aquella semana supuso para Hummil. La epidemia seguía extendiéndose: Spurstow tuvo que quedarse con los *coolies* en el campamento, y todo lo que pudo hacer fue telegrafiar a Mottram para pedirle que fuese a dormir al *bungalow*. Pero Mottram se hallaba a cuarenta millas del telégrafo más cercano, y no supo nada de nada, salvo de las necesidades de la agrimensura, hasta que se encontró con Lowndes y Spurstow, el domingo a primera hora de la mañana, de camino a la reunión semanal en casa de Hummil.

-Espero que el pobre esté de mejor humor -dijo Mottram, desmontando frente a la puerta del *bungalow*-. Supongo que todavía no se ha levantado.

-Iré a echar un vistazo -dijo el doctor-. Si está durmiendo no hay por qué despertarle.

Y un minuto después, por el tono de voz con que Spurstow les llamó, los hombres supieron lo que había pasado. No había necesidad de despertarle.

El *punkah* aún seguía balanceándose sobre la cama, pero hacía unas tres horas, por lo menos, que Hummil había dejado este mundo.

El cuerpo yacía boca arriba, con los brazos pegados a los costados, tal y como Spurstow lo había visto siete noches antes. En los ojos abiertos se reflejaba un terror que ninguna pluma sería capaz de expresar.

Mottram, que había entrado detrás de Lowndes, se inclinó sobre el muerto y le rozó la frente con los labios.

-¡Qué suerte, qué suerte tienes! -susurró. Pero Lowndes había visto los ojos, y se retiró, estremeciéndose, al otro lado de la habitación.

-¡Pobre hombre! ¡Pobre y viejo amigo! Y la última vez que le vi me enfadé con él. Spurstow, deberíamos haberle vigilado. ¿Ha...?

Spurstow continuaba con mano diestra sus investigaciones, que acabaron con una búsqueda por toda la habitación.

-No, no lo ha hecho -dijo con voz cortante-. No hay rastros de nada. Llama a los criados.

Se presentaron ocho o diez. Unos susurraban y otros miraban con curiosidad por encima del hombro de sus compañeros.

-¿Cuándo se fue a la cama vuestro *sahib?*

'A las diez o a las once, creo -dijo el criado personal de Hummil.

-¿Estaba bien entonces? Aunque cómo ibais a saberlo...

-No estaba enfermo, por lo que nosotros sabemos. Pero había dormido muy poco en tres días. Esto lo sé, porque le vi andar mucho, especialmente a mitad de la noche.

Cuando Spurstow tiró de la sábana, una gran espuela de caza rodó al suelo. El doctor dejó escapar un gemido. El criado personal estaba mirando el cuerpo.

-¿Tú qué crees, Chuma? -preguntó Spurstow, sorprendiendo la mirada en el oscuro rostro.

-Hijo del Cielo, en mi pobre opinión, mi amo bajó al Reino de las Sombras, y allí está atrapado porque no fue capaz de huir lo bastante deprisa. La espuela demuestra que luchó con el Miedo. He visto a hombres de mi raza hacer lo mismo con espinas, cuando un encantamiento pesaba sobre ellos para sorprenderles en sus horas de sueño, y no se atrevían a dormir.

-Chuma, eres una cabeza de chorlito. Ve a preparar sellos para los bienes del *sahib.*

-Dios ha hecho al hijo del Cielo. Dios me ha hecho a mí. ¿Quiénes somos nosotros para preguntarnos sobre los designios de Dios? Pediré a los demás criados que se mantengan alejados mientras hacéis recuento de los bienes del *sahib.* Todos son ladrones, y podrían robar.

-Por lo que puedo juzgar, ha muerto de... oh, cualquier cosa; fallo cardíaco, apoplejía o cualquier otro ataque -dijo Spurstow a sus compañeros-. Tenemos que hacer inventario de sus efectos, y todo eso.

-Estaba muerto de miedo -insistió Lowndes-. ¡Mira esos ojos! ¡Por el amor de Dios, no dejes que lo entierren con los ojos abiertos!

-Fuera lo que fuese, ahora ya está tranquilo -dijo Mottam suavemente.

Spurstow estaba examinando los ojos del muerto.

-Venid aquí -dijo-. ¿Veis algo?

-¡No puedo mirar! -lloriqueó Lowndes-. ¡Tápale la cara! ¿Hay algún temor en este mundo que pueda transformar así la cara de un hombre? Es horrible. ¡Oh, Spurstow, tápalo!

-No hay ningún temor así... en este mundo -dijo Spurstow. Mottram se inclinó sobre él y miró atentamente.

-No veo nada, excepto unos contornos grises y borrosos en las pupilas. Y ahí no puede haber nada.

-Incluso así. Bueno, pensemos. Construir algún tipo de ataúd llevará medio día; y debe de haber muerto a medianoche. Lowndes, compañero, ve a decir a los *coolies* que caven una fosa junto a la tumba de Jevins. Mottram, acompaña a Chuma y cuida de que pongan los sellos. Mándame aquí un par de hombres, y yo me encargaré de él.

Cuando aquellos criados de fuertes brazos volvieron con los suyos, contaron una extraña historia sobre el doctor *sahib,* que trataba inútilmente de devolverle la vida al amo con sus artes mágicas, a saber, con una cajita verde que produjo un chasquido cuando la acercó a cada uno de los ojos del muerto, y que luego el doctor se llevó consigo.

El resonante martilleo necesario para clavar la tapa de un ataúd no es algo agradable de oír, pero los que tienen experiencia sostienen que son mucho más terribles el suave crujido de la sábana y de las cintas que cruzan la cama cuando las atan al cuerpo del muerto, que desaparece poco a poco bajo la tela hasta que ya no quedan cintas y la envuelta figura toca el suelo, y nadie protesta por la indignidad de las apresuradas disposiciones.

En el último momento, los escrúpulos de conciencia se apoderaron de Lowndes.

-¿No deberías leer el oficio religioso... de principio a fin? -le dijo a Spurstow.

-Ésa es mi intención. Como funcionario, tú eres mi superior. Puedes leerlo tú, si quieres.

-No me refiero a eso. Sólo me preguntaba si no podríamos traer a un capellán de algún sitio... no me importaría cabalgar a donde fuera... y ofrecerle algo mejor al pobre Hummil. Eso es todo.

-¡Tonterías! -dijo Spurstow, disponiéndose a pronunciar las tremendas palabras que abren el oficio de los funerales.

Tras el desayuno fumaron una pipa en silencio, en memoria del muerto. Luego, Spurstow dijo con voz ausente:

-Eso no está en la ciencia médica.

-¿Qué?

-Cosas en los ojos de un hombre muerto.

-¡Por el amor de Dios, deja en paz esos horrores! -dijo Lowndes-. Yo he visto morir de miedo a un nativo acosado por un tigre. Sé lo que ha matado a Hummil.

-¡Qué jaleo estás armando! Voy a ver si averiguo algo. -Y el doctor se encerró en el cuarto de baño con una cámara Kodak. Pocos minutos después se oyó el estrépito de algo hecho pedazos, y Spurstow salió, blanco como el papel.

-¿Tienes ya las fotos? -preguntó Mottram-. ¿Se ve algo?

-Era imposible, desde luego. No hacía falta que miraras, Mottram. He roto los negativos. No había nada. Era imposible.

-Eso -dijo Lowndes con toda claridad, mirando la temblorosa mano que se esforzaba por volver a encender la pipa- es una condenada mentira.

Mottram se echó a reír, incómodo.

-Spurstow tiene razón -dijo-. Estamos en tal estado que seríamos capaces de creer cualquier cosa. Por Dios, tratemos de ser racionales.

Nadie volvió a hablar durante largo rato. Fuera soplaba el ardiente viento, y sollozaban los árboles resecos. El tren diario, al que la luz deslumbradora arrancaba reflejos sobre el latón y el acero bruñido, apareció jadeando y despidiendo chorros de vapor.

-Más vale que subamos a él -dijo Spurstow-. Volvamos al trabajo. He escrito el certificado. Aquí ya no podemos hacer nada, y trabajar nos ayudará a conservar el juicio. Vamos.

Nadie se movió. Un viaje en tren en junio y a mediodía no es una perspectiva agradable. Spurstow cogió el sombrero y la fusta y, volviéndose en el umbral, dijo:

-Puede que haya un Cielo; debe haber un Infierno. Mientras tanto, nuestra vida está aquí. ¿Qué podemos hacer?

Ni Mottram ni Lowndes tenían respuesta para aquella pregunta.